

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA RECUERDOS PARA UN CENTENARIO

Angel Luis López

Excelentísimo señor Embajador; señor Director de este Colegio Mayor; excelentísimos e ilustrísimos señores; señoras y señores:

Es para mí un grato honor participar activamente en los actos que, con motivo de cumplirse el centenario del nacimiento de uno de los hombres más ilustres del mundo de la Hispanidad, Pedro Henríquez Ureña, se están celebrando en estos días y continuarán con igual solemnidad en el otoño próximo.

Pero antes de entrar en el tema con que he venido a titular esta charla —mas que conferencia—, permítidme, porque es de obligada cortesía, agradecer públicamente a la Embajada de la República Dominicana su presencia en este acto, así como las facilidades que en todos

y cada uno de los innúmeros momentos que le han precedido, me han sido dadas por parte de esta representación diplomática, haciendo con ello posible el que hoy pueda dirigirme a ustedes con mi pobre pero ilusionada palabra...

Igualmente, vaya parejo mi agradecimiento al señor director de este colegio mayor que, desde que me dirigí a él solicitando el favor de la cesión de este salón para la celebración del presente acto, asimismo y con permanente solicitud, ha prestado toda su colaboración, poniendo de relieve así la honda raigambre y noble estirpe que tienen en las letras universitarias españolas los Colegios Mayores de cuyas aulas y claustros, de plurisecular existencia, salieron eximios hombres de la cultura universal. Por eso, volver a esa genuina y

sana tradición hispana para la celebración de actos como el presente, no sólo debe ser una empresa para buscar nuestro espíritu —y cuando digo nuestro, me refiero a todos los países cuyas raíces hispánicas nos son comunes—, sino que es también una necesidad de la hora presente, en medio de este mundo de crisis de valores espirituales que nos ha tocado vivir. Esos magníficos efectos que produjeron los Colegios Mayores para la España de los mejores tiempos de su cultura, deben continuar hoy, con actos que pongan de relieve los grandes valores de toda índole que deben ser conservados y transmitidos a la posteridad.

Pero tiempo es ya de entrar en materia y sobre todo, de ilustraros, si es que soy capaz de ello, aunque sea vagamente, sobre algunos aspectos relacionados con don Pedro Henríquez Ureña.

Cuando traté de buscar alguna perspectiva de la gigantesca figura de este dominicano universal, que poderos mostrar, me propuse hacerlo desde el punto de mira de España, tratando de encontrar alguna motivación para mi charla que, lejos de hacerla compleja y meterme con ello en camisa de once varas, según reza el dicho castellano, y llenarles de sopor en esta cálida tarde de junio, enseguida me pareció que buena ocasión sería ésta para recordar algunos puntos relacionados con la estancia en territorio español del ilustre don Pedro y del entorno social y anecdótico que le rodeó.

Sabido es que el ilustre humanista, cuya biografía no voy ni siquiera a esbozar ya que me ocupa-

ría el poco tiempo de que dispongo, visitó por vez primera España en el verano del año 1917, tras haber presentado su tesis en la Universidad de Minnesota (EE.UU.), cuyo texto escrito en inglés, llevaba por título **The Irregular Stanza in the Spanish Poetry of the XVI th and XVII Centuries**; sin embargo, no esperó a recibir el diploma ya que sus deseos de llegar a Madrid para integrarse en el Centro de Estudios Históricos, que con tesón y espíritu científico dirigía el ausente maestro don Ramón Menéndez Pidal, le impidieron hacerlo. En Madrid tenía a su íntimo amigo Alfonso Reyes que igualmente, en aquella época, trabajaba en el Centro de Estudios Históricos. Tres meses escasos duró la estancia de don Pedro en Madrid ya que en septiembre, estaría de nuevo en Minneapolis, donde habría de preparar su tesis doctoral que por cierto, solicitó escribir en español y que, monumentalmente documentada, presentaría con el título de **La Versificación Irregular en la Poesía Castellana**. Año decisivo este de 1917 para las letras castellanas, especialmente para la lírica española, en el que Juan Ramón Jiménez publica el **Diario de poeta y mar**, base hegemónica que conjuga con la penetración de las vanguardias, dará lugar a lo que se ha dado en llamar **nueva poesía**, representada por el denominado grupo del 27 del que García Lorca será cabeza visible.

También, en 1917, aparece la primera edición de las **Poesías Completas** de Antonio Machado, y Manuel de Falla, a quien más tarde

conocería Pedro Henríquez Ureña, estrena **El corregidor y la molinera**. Por ese no sé qué de conjunción de fuerzas que tiene el destino, también García Lorca publica su primer libro, **Fantasia simbólica** y justamente en junio, coincidiendo con la llegada a España de Henríquez Ureña, el autor de **Poeta en Nueva York**, comienza a escribir en verso. En este su primer año de visita a España, el dominicano universal publica en París su **Literatura Dominicana**.

A su regreso a Minnesota se encuentra con su hermana Camila quien cursaba el **Master of Art** cuyo diploma obtuvo en 1918, año en el que también obtendría el doctorado en Filosofía en aquella Universidad, Pedro.

De su primer toma de contacto con el Centro de Estudios Históricos, que ocupaba el mismo edificio en que hoy están ubicados los Institutos de Humanidades del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en la calle del Duque de Medinaceli número 4, Henríquez Ureña quedó ampliamente influenciado para continuar sus investigaciones en el campo de la Filología Hispánica. Su tesis doctoral antes citada, llegó a manos de don Ramón Menéndez Pidal y cuál no fue su sorpresa cuando al ver el volumen de la misma, decidió que la publicase el Centro en forma de libro — de más de tres centenares de páginas— en lugar de hacerlo en la **Revista de Filología Española** como en principio se había decidido. Sin embargo, el tema de la lengua y literatura españolas a don Pedro le había interesado años antes

de su primer viaje a España pues, aparte de sus tesis antes aludida, había publicado ya las **Tablas Cronológicas de la Literatura Española** (México, 1913), **Don Juan Ruiz de Alarcón** (México, 1913) y **Estudios sobre el Renacimiento en España: el maestro Hernán Pérez de Oliva** (La Habana, 1914).

Durante su corta estancia en el verano de 1917 en Madrid, Pedro Henríquez Ureña permaneció en la Residencia de Estudiantes, que desde la calle de Fortuny — su primera ubicación— se había trasladado a la de Pinar en 1916. En esa ocasión Alfonso Reyes, su inseparable amigo que a la sazón trabajaba con Menéndez Pidal como ya hemos dicho, le presentó a los miembros de dicho Centro de Estudios Históricos, y alternaba sus horas de estudio y trabajo entre la biblioteca del referido Instituto y la Nacional.

Malos tiempos corrían para España en 1917 cuando Pedro Henríquez Ureña llega a este país: durante el gobierno de Eduardo Dato, llega el mes de agosto cargado de tensión y violencia, primero con la huelga ferroviaria y escasos días después, con la huelga general revolucionaria; no obstante, estos lamentables acontecimientos no fueron motivo para interrumpir la labor científica de don Pedro en Madrid.

Tras su marcha a los Estados Unidos en el mes de septiembre, aparecerán en 1918, dos nuevas obras del ilustre dominicano la primera, **Las "Nuevas Estrellas" de Heredia**, publicada en Nueva York, y una **Antología de la versificación rítmica**, editada en San José de

Costa Rica.

Durante el año 1919, especialmente en la primera mitad, preparó la edición de su tesis que habría de realizar el Centro de Estudios Históricos de Madrid como ya se ha comentado, ya que el año anterior (1918) no pudo acometer Pedro esta tarea por encontrarse mal de salud, según afirma Santiago A. Cuneo en el artículo **Pedro Henríquez Ureña en Minnesota 1916-1921**, publicado en la revista **Universidad de México** (abril, 1958). En este año aparece su primer trabajo en la **Revista de Filología Española** sobre **El endecasílabo castellano**, trabajo que reeditaría ampliándolo en el **Boletín de la Academia Argentina de Letras**, en 1945. A partir de este año su colaboración con el Centro de Estudios Históricos, de Madrid, y especialmente con la mencionada **Revista de Filología Española** se dilatará casi hasta sus últimos años.

Llegado a España de nuevo, esta vez por última ocasión, permaneció casi un año completo, y verá con agrado la publicación, por fin, de su tesis doctoral al comienzo del año 1920, libro prologado por el propio don Ramón Menéndez Pidal, y que trece años más tarde, contaría con una segunda edición revisada por Pedro Henríquez Ureña. En 1920 también, publica en la **Revista de Filología Española**, una importante reseña de la obra de J. I. Ferguson **America Literature in Spain**.

En este año de permanencia en España del humanista dominicano, el panorama literario español

alcanza sus más altas cuotas con la aparición de **El Cristo de Velázquez**, de Miguel de Unamuno, y de **Divinas Palabras** así como con la iniciación del ciclo esperpéntico de don Ramón María del Valle-Inclán, a quien le unió una muy estrecha amistad con el maestro Henríquez Ureña. Pero también presenció con don Pedro, el día 22 de marzo, el estreno y subsiguiente fracaso de **El maleficio de la mariposa**, de Federico García Lorca, en el Teatro Eslava de Madrid.

La importancia que ha tenido y debe seguir teniendo la presencia de don Pedro en la capital de España, debe ser reconocida en todo momento. Por otro lado, las impresiones que percibió durante su estancia en nuestro país, las dejó recogidas en su obra **En la Orilla: mi España** (México, 1922). El incomprensible olvido de su persona en esta nación, que fue como su segunda casa, no tiene razonable explicación, y la cosa ha llegado a tanto que, el propio Instituto **Miguel de Cervantes**, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y siendo heredero como es del desaparecido Centro de estudios Históricos, tan sólo posee en su biblioteca muy especializada, una obra de don Pedro, precisamente la que fue objeto de publicación por el mencionado Centro y varias veces aludida en esta charla, naturalmente aparte los artículos aparecidos en la **Revista de Filología Española** que esta insigne institución edita.

Quizá pueda tomarse como todo un símbolo, el hecho de que el año de permanencia en España

(1920) de Pedro Henríquez Ureña coincide con el ingreso de mi país en la Sociedad de Naciones, que al correr de los años se transformaría en la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Esta coincidencia le hace a uno pensar como si España en ese año, quisiera integrarse a las corrientes políticas y culturales del resto del mundo, aceptando la llamada de los demás países y recibiendo con agrado a los intelectuales del continente hermano, como hizo con Pedro Henríquez Ureña, para acometer con igualdad de miras, la tarea que el futuro habría de deparar a españoles y a los hijos de la América hispana. Y este dato de la introducción de la nueva cultura, me trae a la memoria lo que hace muy pocos días opinaba sobre Pedro Henríquez Ureña un grupo de hispanistas de la más alta cualificación, cuando a la pregunta que les formuló mi querida amiga Asunción Madinaveitia -siempre inmersa en el mundo de la erudición y formada al lado del gran filósofo por desgracia hace poco tiempo desaparecido, Xavier Zubiri- sobre qué representaba para ellos la persona del polígrafo dominicano, reconocieron unánimemente que, gracias a él, los estudios de Literatura en España, traspasaron la noble barrera marcada por don Juan Valera, pues desde entonces, en las Universidades y Centros especializados españoles, fueron conocidos los autores de habla hispana posteriores al ilustre literato y diplomático cordobés. Me honra y a la vez me duele, tener que hacer estas manifestaciones pues, lejos de haber prendido este recono-

cimiento en la moderna intelectualidad española, se ha ido marchitando, quizá por descuido, no lo sé, y sólo los hispanistas que constituyen, con gran honor para España, la esencia del humanismo, y hoy se les llama de la vieja escuela, conservan grata memoria de don Pedro. Ciertamente, la figura de Pedro Henríquez Ureña debe ser reivindicada con orgullo para la cultura española, pues nadie como él trató, desde el otro lado del Océano Atlántico, ese aspecto fundamental y común a nuestros pueblos como es la lengua castellana, elevando los estudios en su pro, al más alto rango.

En 1920 un acontecimiento luctuoso vendrá a dar duelo a las letras españolas, y del que fue testigo de vista también nuestro Pedro Henríquez Ureña. Me refiero al fallecimiento en su casa de la calle de Hilarión Eslava, en Madrid, del abuelo literario del siglo XIX español don Benito Pérez Galdós y al que en parte, a decir de Torrente Ballester, "le debemos un mundo.....al que solo le faltaba la universalidad". Con Galdós se iba "un testigo de una España hecha por los cráteres de tremendas explosiones y en la que medía moría víctima de la otra media", en palabras de Manuel Carrión. De nuevo me parece como si la presencia en España de Pedro Henríquez Ureña en este momento de la muerte de Pérez Galdós, viniese a dar al traste con las viejas euforias españolas, traducidas en guerra fratricidas a lo largo del siglo XIX y sentar sobre todo, una cultura de colaboración y raciocinio entre todos los hispanohablan-

tes. El trágico **episodio nacional** de nuestro siglo XIX parecía ya desvanecerse aunque, desgraciadamente, sin conseguirlo del todo en el XX, con la presencia en España de hombres como Pedro Henríquez Ureña que ante todo, querían, y afortunadamente en buena parte lo lograron, mantener, pese a todo, las raíces más profundas y comunes de la cultura española.

Pedro Henríquez Ureña fue el faro luminoso de lo hispano en la América española y en la anglosajona porque, como muy bien apunta Alfredo A. Roggiano, en su libro **Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos** "gracias (a él), y poco después a otro distinguido hispanoamericano, el chileno Arturo Torres Riosco, quien también se doctoró en Minnesota, con una tesis ejemplar, las universidades de Estados Unidos fueron abriendo sus puertas cada vez más, a estudiante y profesores de la América Hispánica. Y hoy no hay casi universidad en este país que no tenga alguno o varios profesores hispanoamericanos enseñando en sus aulas. Don Pedro fue el **pionner** que abrió camino de respeto y de gloria para todos nosotros. Por este mérito y por el de su obra escrita sobre la cultura de la América Hispánica, su nombre se venera casi como a un ídolo y su ejemplo alienta la vocación y el esfuerzo de miles de hispanoamericanistas de las dos Américas. Se fue de Minnesota porque su corazón estaba en el ámbito de su lengua y de su raza. Pero mucho de él quedó flotando en el aire de Minneapolis como un efluvio mágico y

bienhechor. Todavía es posible conversar con compañeros de sus años universitarios y obtener de ellos esa impresión reconfortante." Esto lo escribía Roggiano en México, en el año 1961.

Madrid fue clima propicio para que la infatigable pluma de Pedro Henríquez Ureña tuviese una labor continua, no sólo para sus trabajos del Centro de Estudios Históricos sino también, para otra serie de escritos tales como traducciones del inglés para la Biblioteca Nueva de Madrid, como muy bien apunta uno de sus mejores biógrafos, el ex-profesor de la Universidad de Columbia, (Nueva York), el dominicano Juan Jacobo de Lara. En este aspecto son notorias las traducciones que hizo de la obra de Lenin **El estado y la revolución proletaria**, en colaboración con Carlos Pereyra y Alfonso Reyes, primera traducción que se hace al castellano de esta obra; de la obra de Oscar Wilde **El huerto de las granadas**; y otra serie de obras, traducciones al castellano todas para las que utilizó el seudónimo de E.P.Garduño. También colaboró en la revista **España**, de Madrid, y desde esta capital envió diversos artículos para la prensa mexicana.

Tras abandonar España con destino a los Estados Unidos (cuya estancia ya sería breve dado la falta de ambiente literario e intelectual que encontró a su regreso a la Universidad de Minnesota), continuó

colaborando en la **Revista de Filología Española**. Así, en 1921, publicó el importante artículo que

había preparado desde Madrid, **Observaciones sobre el español en América**, reeditado en 1930 y en 1931. Y también, durante su permanencia en Madrid en 1920, realizó una selección de lecturas del teatro español para la Junta de Ampliación de Estudios.

En 1934 enviaba desde Buenos Aires donde desde 1924 residía, -y habría de morir en el tren que le conducía cada día a La Plata para impartir sus clases universitarias-, un importante artículo publicado ese mismo año en la **Revista de Filología Española**, en el que aportaba importantes notas sobre bibliografía dominicana al reseñar el libro de S.M. Wasman, **A bibliography of the belles-lettres of Santo Domingo**. Coincidente en el tiempo con estas publicaciones fue la relación y mutua amistad surgida entre Pedro Henríquez Ureña y José Moreno Villa, Juan Ramón Jiménez, el crítico musical Adolfo Salazar, Mariano Brull, Héctor Ripa, Alberdi, entre otros, que lo llevó a prologar obras de todos ellos.

Entre los trabajos sobre versificación castellana, en la que Pedro Henríquez Ureña resultó ser conocedor como casi nadie, resalta el publicado en la **Revista de Filología Hispánica**, de Buenos Aires, un año antes de su muerte, esto es, en 1945, con el título de **La cuaderna vía**. Aunque breve, en él se enfrenta con el tipo de versificación castellana más antigua, la del mester de clerecía, la "prosa en román paladino" de Gonzalo de Berceo, cuya obra había conocido profundamente durante su estancia en España. Sola-

mente por este artículo sobre la composición poética más arcaica del castellano, merecería tener una placa conmemorativa en el antiguo monasterio riojano de San Millán de la Cogolla, donde realizó Berceo sus composiciones en el siglo XIII. Y no sólo por ese artículo, sino por toda una vida dedicada al estudio de la lengua castellana, en especial a la versificación. Yo les prometo a ustedes que haré cuantas gestiones estén a mi alcance para conseguir de la autoridad competente, el oportuno permiso para colocar una lápida que recuerde el centenario que ahora conmemoramos y que recuerde también al hombre que más se preocupó desde América por mantener vivos los estudios sobre nuestra común lengua.

También sería honroso para Madrid el que habiendo tenido por huésped en 1917 y en 1920 a este gran hispanista dominicano, el Ayuntamiento de la capital dedicase el nombre de una vía pública a quién tantas veces las paseó, a buen seguro tomando nota del todavía castizo hablar de los madrileños, entonces casi todos de Madrid. Porque Pedro Henríquez Ureña fue excelente conocedor del castellano antiguo y moderno, así como de sus formas dialectales, no en vano en su libro **El español en Santo Domingo** (Buenos Aires, 1940; edición facsimil, Santo Domingo, 1975) hace un verdadero y colosal estudio de la terminología española hablada en la isla caribeña, llegando a la conclusión de que el castellano que se habla en la República Dominicana, se caracteriza por su aire antiguo, y en él se

han conservado los arcaísmos más que en lugar alguno de América.

El elogio de más autoridad que recibió en España Pedro Henríquez Ureña, fue indudablemente el que le dedicó Ramón Menéndez Pidal en el prólogo de **La versificación irregular en la poesía castellana** en el que entre otras cosas, dijo que "en adelante, todo estudio sobre nuestra lírica ha de deber mucho a este libro de Henríquez Ureña, que recibimos con sincera gratitud." Paradójicamente, como ya hemos apuntado antes, la obra de Pedro Henríquez Ureña - y quiero decir el conjunto de obras salidas de su cabeza y mano -, es hoy día casi desconocida, especialmente entre las jóvenes generaciones españolas. Y hasta ahora, en que parece que en algún caso se remediará gracias a la gentileza de ilustres dominicanos, las bibliotecas españolas han carecido de la edición de las obras completas de este hispanista universal, ya que en el mejor de los casos, sólo algún tomo suelto de las mismas, se ha logrado ver en alguna docta institución. Solo el recuerdo del valor que representó para la cultura española Pedro Henríquez Ureña, ha quedado firme en maduras generaciones de hispanistas españoles como ya se ha iridicado. Por eso, pienso la conmemoración del centenario del nacimiento de tan eximia figura de las letras hispánicas no debe limitarse a los homenajes que en estos días y próximamente se le dedicarán; antes bien, debe tener una proyección hacia el futuro que permita mantener su enseñanza viva y que, a la vez, sea el reconocimien-

to perenne de los pueblos de habla hispana al gran humanista dominicano que nunca quiso dejar de ser lo segundo.

Por eso, España tiene una gran deuda con Pedro Henríquez Ureña porque, como acertadamente escribe su gran biógrafo Juan Jacobo de Lara, buscó "siempre nuestra verdadera identidad, nuestra propia expresión", y continúa: "Pedro Henríquez Ureña fue de los primeros hispano-americanos que comprendió y predicó la necesidad de estudiar a España y todo lo español en nuestro pasado a fin de comprender sus influencias en nuestro presente." Medardo Vitier le dedicó en la Revista de Filología Hispánica, a su muerte, en 1946, una nota necrológica en la que textualmente decía: "España, sus hombres y sus cosas le atrajeron fuertemente. Todos los momentos de la cultura de la Península desde la Edad Media hasta la época contemporánea, fueron el constante motivo de su diligencia infatigable. Las características de lo español en las tierras de este lado del océano dieron origen al núcleo más importante de sus investigaciones."

Y, efectivamente, una variada suerte de temas culturales españoles, especialmente los literarios, fue la motivación más importante para él como humanista. De todos ellos, unos, en gran número, los publicó en diversa forma: libro, opúsculo o artículo de prensa o de revista especializada; otros, como la idea que tuvo de realizar un gran libro sobre el Renacimiento español por el contrario, jamás los logró

llevar a cabo, aunque sí apuntó el tema siquiera fragmentariamente. Desde que en 1907 escribiera sobre el poeta extremeño José María Gabriel y Galán en **Un clásico del siglo XX**, a quien calificó de "poeta raro y singular de nuestra época", se puede decir que, año tras año y país tras país, Pedro Henríquez Ureña detectó y penetró en todos los temas y personas que descollaron en las letras hispanas. Su obra **El maestro Hernán Pérez de Oliva**, que inicialmente fue una conferencia en homenaje al historiador español Rafael Altamira, pronunciada por Henríquez Ureña en el Ateneo de la Juventud, de México, es calificada por su biógrafo Juan Jacobo de Lara como "uno de los muchos y buenos estudios de Pedro Henríquez Ureña sobre el Renacimiento español." Pero su sensibilidad y don de observación le llevaron, no sólo a ocuparse de los autores o temas más sobresalientes de la literatura española, sino que en ocasiones, realizó estudios sobre poetas menores como el que tituló **Rioja y el sentimiento de las flores**, publicado durante su estancia en Madrid en 1920, en la revista **España** y, anteriormente, en 1914, dio a conocer en la **Revista de América**, de París. Es un corto ensayo sobre la persona de don Francisco de Rioja, nacido en Sevilla a fines del siglo XVI que fue secretario del Conde-Duque de Olivares, más tarde Inquisidor general y por último, se contaba entre sus cargos oficiales, el de cronista y bibliotecario de Felipe IV, que tras haber cumplido una condena de cárcel en Madrid, por haber caído

en desgracia de la Corte, se retiró a Sevilla, ordenándose sacerdote. Allí construyó su casa junto al monasterio de San Clemente, embelleciéndola con un hermoso jardín. Allí Rioja se convirtió en un apasionado de las flores que, junto con el estudio de la literatura clásica, fueron su predilección. Pues bien, el tratamiento tan profundo que hace de este personaje Pedro Henríquez Ureña, en su ensayo y las motivaciones que encuentra para explicar como pudo Rioja ser tan gran enamorado de las flores a las que dedicó sutiles versos-, lo convierten en uno de los trabajos sobre literatura española que más veces ha sido reproducido de entre los del gran maestro dominicano.

Para Pedro Henríquez Ureña gozó de la misma estima un autor de la literatura española medieval, como el Arcipreste de Hita -al que dedicó un ensayo en la segunda edición de **Plenitud de España**, (1945) - como los clásicos españoles del Siglo de Oro: Cervantes, Lope de Vega, etc.... También escribió ensayos sobre la problemática del momento español que le tocó vivir, como, por ejemplo, el que publicó en **El Gráfico**, de Nueva York, de regreso a Estados Unidos de su primera estancia en España, en 1917; en este trabajo, según concluye Juan Jacobo de Lara, Pedro Henríquez Ureña sostiene que no está en el espíritu el mal de España "sino en la deficiencia de las técnicas, en la insuficiencia de las máquinas," refiriéndose a la maquinaria de la instrucción.

Escritores contemporáneos suyos, como Juan Ramón Jiménez o Benito Pérez Galdós, fueron igualmente objeto de trabajos por parte de Pedro Henríquez Ureña; concretamente, el dedicado a Juan Ramón Jiménez sirvió de prólogo a las **Poesías** de este autor publicadas en México en 1923. Respecto a la conexión entre Henríquez Ureña y Juan Ramón dice Juan Jacobo de Lara que "don Pedro admiraba profundamente a Juan Ramón, a su poesía, y escribió con raro entusiasmo de él".

Compendio importante de diversos trabajos sobre temas españoles el anteriormente citado libro **En la Orilla: Mi España** en el que incluye; el comentado de **El Espíritu y las Máquinas; De París a Madrid**, en el que compara a Madrid con París y Nueva York y en el que habla del Atense matritense como único que da carácter y singularidad a la capital de España y en el que también, toca el tema de la política con la única expresión, a decir de Juan Jacobo de Lara, de "¡Ay, la política!". Se incluye también en este libro de recuerdos españoles la **Antología de la Ciudad; Adolfo Salazar y la vida musical en España**, en el que, según observa su gran biógrafo Juan Jacobo de Lara, Pedro Henríquez Ureña confiesa que "cuando se mira de cerca la vida espiritual de la España contemporánea, sorprende el apasionado interés que despierta la música." También incluye **En torno a Azorín**, recogiendo además los ensayos antes citados de **El Maestro Hernán Pérez de Oliva y Rioja y el sentimiento de**

las flores así como el titulado **Don Juan Ruiz de Alarcón**. Al final del libro figuran tres cortos apuntes titulados **Explicación**, en el que da a conocer su idea de escribir un libro sobre el Renacimiento español, **Los Poetas Líricos y Cervantes**.

Su otro gran libro de tema español fue **Plenitud de España**, editado en 1940, y en él incluye temas de la Edad Media, del Renacimiento y del Siglo de Oro. Del ensayo referente al Renacimiento, titulado **España en la Cultura Moderna**, reproducimos el fragmento que a su vez destaca Juan Jacobo de Lara en la biografía de Pedro Henríquez Ureña:

"El problema de la función de España en la cultura moderna de Occidente está ligado a la función que tuvo en el Renacimiento.

En la teoría de la Literatura, los españoles tuvieron libertad y vuelo desusados entonces, levantándose a concepciones generales que se sobreponían a los estrechamente derivados de la antigüedad clásica, puras o con deformaciones.

Las teorías literarias de los españoles no eran conocidas fuera de España, pero las obras literarias sí. A partir del siglo XVI, Europa se enriquece con el saqueo de España, como antes con el saqueo de Italia."

Dos importantes trabajos incluye **Plenitud de España** sobre Lope de Vega, **Tradición e innovación de Lope de Vega y Esplendor, eclipse y resurgimiento de Lope de Vega**, ambos escritos con motivo de cumplirse el tercer centenario de la muerte del Fénix en 1935.

Del ensayo sobre la Edad

Media titulado **Cultura Española de la Edad Media**, tomamos el siguiente fragmento por parecernos que es lo suficientemente clarificador de las ideas que Pedro Henríquez Ureña tenía sobre el momento histórico de la España medieval:

Dice así: "El siglo XIII es culminación y perfección de la Edad Media, es su época clásica. El siglo XIV es de crisis, de disolución y de cambio. No hay crisis de la fe, pero sí de la cultura intelectual.....En el siglo XV, España está definitivamente ligada al mundo occidental. Su política es la política de unificación, tema de aquel tiempo. La reina es mujer del Renacimiento. De Italia recibe España la nueva orientación de los estudios clásicos trasladándose al país humanistas italianos. La Literatura del siglo XV es abundantísima, pero de pocas obras centrales."

Por último, incluye en **Plenitud de España** una serie de **Apuntes Marginales** en las que recoge personas de la Edad Media, del Renacimiento y aun del Barroco: la Celestina, Cervantes, Tirso de Molina, Góngora, etc.

Toda esta parcela que estoy exponiendo ante ustedes y que con relación al tema español fue condicionante en la vida intelectual de Pedro Henríquez Ureña, tiene su origen en la formación infantil del docto dominicano según explica Félix Lizaso. En esa su inicial etapa se unieron el clasicismo español y la cultura de la antigüedad, fundamentalmente la griega, germen que luego en su juventud y madurez esparció por todos los países donde

estuvo México, Argentina, Estados Unidos, Cuba, Chile, España. Sus libros y artículos, que se cuentan por centenares, rezuman un noble hispanismo cargado de magisterio y de verdad porque, como dice el propio Félix Lizaso "Pedro Henríquez Ureña fue maestro de saber y al mismo tiempo maestro de socratismo. Y tenía el don de enseñar a precisar los juicios, el don de aumentar nuestro caudal de verdad."

Cuando el 12 de mayo de 1946 el mundo perdía, sin posible recuperación, una de las mentes más preclaras del siglo XX y de todos los tiempos, empero su memoria se engrandecía y cobraba un mayor hálito de fecundidad su obra, repleta de buena voluntad. Ojalá, esa simiente que, infatigablemente hasta el final, esparció por el orbe de la Hispanidad, dé los frutos que él, más que nadie, esperaba recoger a través de la lengua castellana, común denominador de los pueblos hispanoamericanos.

Juan Jacobo de Lara, en su libro **Sobre Pedro Henríquez Ureña y otros ensayos** (Santo Domingo, 1982) dice sobre la persona de Pedro Henríquez Ureña que "los movimientos de cultura fue lo que fundamentalmente le interesaron. Todos le han llamado un Humanista y, como tal, estudió la cultura universal, y sobre todo la española como base de la nuestra en Hispanoamérica. De modo que él fue en primer lugar un Hispanista, fundamentalmente un Americanista, y por último, un Humanista, un Humanista americano" por eso como "historiador de Hispanoamérica,

Pedro Henríquez Ureña estudió la historia literaria de España como base fundamental de la nuestra, se remontó a la cultura griega como raíz de todas las civilizaciones posteriores en occidente."

Quiero poner ya punto final a mis humildes palabras prometidas cortas y que la emoción del acto precipita, pero no quiero dejar de aludir, todavía, a una de las más importantes características definidoras de la figura moral de Pedro Henríquez Ureña, esto es, a su sentido de la amistad, que dejó bien palpable en cuanto a sus amigos y compañeros españoles se refiere, con los que trabó amistad desde su primera estancia en España en 1917 y sobre todo en el año 1920, así como a los que conoció fuera de este país, al dedicarles diversos artículos y ensayos. Así, por ejemplo, los dedicados a Juan Ramón Jiménez, Adolfo Salazar, Enrique Díez-Canedo -cuya última lectura que efectuó fue precisamente una carta de Pedro Hen-

ríquez Ureña dirigida desde Buenos Aires en 1944-, José Moreno Villa, Azorín, a Ramón María del Valle-Inclán -a quien puso el apelativo de "el amigo de América"-, etcétera. Ahí está en prueba de lo que digo también el voluminoso **Epistolario íntimo**, recogido por Juan Jacobo de Lara, en cuyos tres tomos se encuentra la correspondencia, cronológicamente ordenada, intercambiada con sus amigos españoles y americanos.

Nada, pues, en su vida fue contradictorio, y cuando murió, sin haber cumplido los sesenta y dos años, su gran familia literaria le dedicó todo un cúmulo de homenajes en forma de publicaciones y discursos, que serían imposible de enumerar. Hoy, cuando se cumple exactamente un centenar de años de su nacimiento, su memoria de humanista universal sigue presente para bien de la cultura hispanoamericana y universal.

Nada Más. Muchas gracias.